

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

BONALDI, Pablo, y BLOIS, Juan Pedro. (2014). "¿Intelectuales, expertos o académicos? La socialización universitaria de los sociólogos en la Universidad de Buenos Aires desde la vuelta de la democracia". En: *Revista Virajes*, Vol. 16, No. 1. Manizales: Universidad de Caldas.

VIRAJES

¿INTELECTUALES, EXPERTOS O ACADÉMICOS? LA SOCIALIZACIÓN UNIVERSITARIA DE LOS SOCIÓLOGOS EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES DESDE LA VUELTA DE LA DEMOCRACIA

PABLO DANIEL BONALDI*
JUAN PEDRO BLOIS**

Recibido: 16 de febrero de 2014

Aprobado: 4 de mayo de 2014

Artículo de Investigación

* Licenciado en Sociología, Universidad de Buenos Aires. Investigador-docente del Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y profesor de teoría sociológica de la carrera de Sociología de la UBA. Actualmente, es el Secretario de Investigación de la UNGS. E-mail: pbonaldi@yahoo.com.

** Licenciado en Sociología y Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Becario posdoctoral del CONICET, profesor de teoría sociológica de la carrera de Sociología de la UBA y del Instituto de Ciencias de la UNGS. Actualmente, es investigador visitante del Núcleo de Estudios de Teoría Social e América Latina del Instituto de Estudos Sociais e Políticos (IESP-UERJ) y becario posdoctoral del CNPq (Brasil). E-mail: pedro.blois@gmail.com.

Resumen

Estudiar sociología en la Universidad de Buenos Aires constituye una marca muy fuerte en la vida de los sociólogos. Lejos de aparecer como una instancia de paso donde se produciría una simple transmisión instrumental de conocimientos que luego serán aplicados en la vida profesional, para buena parte de los graduados, la socialización universitaria en sociología constituye un momento de ruptura que cambia su forma de ver el mundo. Aun cuando se inserten en las más diversas tareas o instituciones, la identidad en tanto sociólogo se mantendrá como un rasgo de fuerte presencia. Este artículo se propone reconstruir el conjunto de ideas y esquemas de percepción sobre la sociología transmitidos por esta carrera. Por un lado, busca dar cuenta de los factores sociales que condicionaron su particular desarrollo (perfil de profesores, estudiantes y graduados). Por el otro, analiza la relación que esas ideas plantean con el mundo del trabajo, relación signada por profundas tensiones.

Palabras clave: socialización profesional, sociólogos, mundo del trabajo, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

INTELLECTUALS, EXPERTS OR ACADEMICS? UNIVERSITY SOCIALIZATION OF THE SOCIOLOGISTS IN UNIVERSITY OF BUENOS AIRES FROM THE RETURN OF DEMOCRACY

Abstract

Studying sociology at Universidad de Buenos Aires produces a very strong impression in the sociologists' life. Far from being a crossing point where a simple instrumental transmission of knowledge would happen which would be later applied in the professional life for most graduates, the university socialization in sociology is a moment of rupture that changes their worldview. Although when they enter in the most diverse tasks and institutions, the sociologists' identity will persist as a trait of strong presence. This article seeks to reconstruct the set of ideas and schemes of perception on sociology that are transmitted by this career. On the one hand, it tries to give account of the social factors that conditioned its particular development (professors, students and graduates profiles). On the other hand, it analyses the relationship that those ideas suggest with the world of work, a relationship that is marked by deep tensions.

Key words: professional socialization, sociologists, world of work, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Introducción

A partir de su reorganización a mediados de los años ochenta con la vuelta de la democracia, la carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires (UBA) se configuró como un espacio poco receptivo a las prácticas y experiencias profesionales que los sociólogos desarrollan fuera de los espacios académicos. Aun cuando año a año la mayor parte de sus graduados se insertan en el Estado, las empresas o el tercer sector y solo una minoría trabaja como docente o investigador universitario (Rubinich y Beltrán, 2010), la formación, pese a la diversidad de sus contenidos, no contempla la introducción de elementos que preparen o anticipen la transición de los sociólogos al mercado de trabajo y su participación en distintas esferas o instituciones sociales¹.

Lejos de ello, el ideal de sociólogo que domina la institución, aquél que los profesores y alumnos tienen en mente como fin deseable o lógico, es el sociólogo académico. Las otras opciones son, por lo general, ignoradas y, cuando son mencionadas, resultan subestimadas o desvalorizadas. Todas ellas parecen estar por debajo de la figura del investigador docente. La vida académica es la que mejor representa el ideal de la sociología que se busca transmitir (Bonaldi, 2009).

Por supuesto, la renuencia para pensar el mercado de trabajo contrasta con la realidad de otras carreras donde son habituales la promoción de convenios con diversas instituciones para propiciar pasantías, la organización de instancias específicas (como jornadas o talleres) para reflexionar sobre el mercado laboral, las reformas de planes de estudios y contenidos curriculares en vistas a lograr una mejor expresión de aquellos elementos requeridos a los graduados en su práctica profesional, entre otros. Las diferencias, en este sentido, con muchas de las profesiones con las que los sociólogos se relacionan cuando se insertan en el mundo laboral son notorias. La economía, el marketing, la administración de empresas, el derecho, la psicología o el trabajo social, presentan a quienes las eligen como formación universitaria una conexión mucho más directa con aquello que sigue a la finalización de los estudios.

La conjunción de ambos procesos, por un lado, un mercado laboral que se ha venido ampliando fuertemente y, por el otro, una carrera refractaria

¹ Fundada en 1957, la carrera de Sociología de la UBA constituye la carrera más antigua del país. Ubicada en la ciudad capital, a lo largo de los años y pese a una trayectoria sumamente accidentada, ha podido mantener una presencia central en el ámbito de la sociología local. Por un lado, siempre contó con la matrícula de estudiantes más elevada y con el plantel docente más amplio. Por otro, la mayoría de los sociólogos más reconocidos se formaron en este espacio y una buena parte de ellos integró su plantel docente a lo largo del tiempo.

a pensar el problema de la inserción profesional de sus graduados, se traduce en un marcado desfase entre el conjunto de ideas y expectativas sobre el ejercicio de la sociología que los alumnos adquieren durante la socialización universitaria y los roles que, en una buena proporción, deben asumir una vez graduados. Si bien podemos suponer que hay siempre una relativa distancia entre formación universitaria y práctica profesional, propia de la transición al mundo del trabajo, la magnitud que asume en este caso le da un particular interés. Buena parte de las tensiones —o crisis “psicológicas”— que muchos jóvenes sociólogos experimentan al momento de ingresar al mercado laboral deben vincularse con esa distancia.

En este marco, cabe preguntarse: ¿cómo prepara una carrera que no se propone formar para el mercado de trabajo? ¿Qué orientaciones se forman en el proceso de socialización universitaria en un espacio que no concibe a la sociología como una profesión como cualquier otra? ¿Cuál es la idea de sociología que predomina? En fin, ¿qué tipo de valoraciones y orientaciones hacia el mercado de trabajo se forman?

El presente artículo se propone analizar y reconstruir el conjunto de ideas y esquemas de percepción sobre la sociología transmitidos por la carrera de Sociología de la UBA. En la medida en que esas ideas son el fruto de un particular proceso histórico, en primer lugar, se abordará el proceso de reorganización de la carrera iniciado a mediados de los años ochenta, momento en que, tras el *impasse* introducido por la dictadura militar (1976-1983), se da una profunda renovación. Procurando dar cuenta de los factores que condicionaron su particular desarrollo, se reconstruirá el perfil y orientaciones de tres actores fundamentales: profesores, estudiantes y graduados. En segundo lugar, se caracterizará la definición de sociología que se terminó consolidando como dominante, el papel o rol que le asigna al sociólogo, su vinculación con las prácticas profesionales no académicas y los particulares criterios de éxito profesional que plantea. Finalmente, se reflexionará sobre las consecuencias que tal orientación tiene para la trayectoria profesional de los graduados y sus dificultades para transitar al mundo del trabajo².

² Este artículo presenta, en parte, algunos de los hallazgos de la tesis de doctorado de uno de los autores (Blois, 2012). Esa investigación, centrada en el desarrollo de las prácticas profesionales de los sociólogos en la Argentina, se llevó a cabo en el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA y contó con la orientación de Emilio de Ípola y Pablo Bonaldi. El artículo está basado en un amplio *corpus* empírico. Por un lado, se revisaron materiales documentales del período 1984-1990 de distinto tipo: legajos y expedientes de los concursos docentes (donde fue posible acceder a los *curriculum vitae* de los candidatos, así como a las propuestas que tenían para la enseñanza); programas y contenidos de las materias y seminarios; panfletos, octavillas y revistas de las agrupaciones estudiantiles; planes de estudio, informes y publicaciones institucionales. Por otro, se realizó una serie de entrevistas (veintiocho en total) a informantes clave y a actores relevantes del período: rector de la UBA; directores de la Carrera; director del instituto de investigaciones; miembros de la junta de carrera; profesores de diversas materias y estudiantes (con y sin militancia activa dentro de la institución en aquel momento).

La reorganización de la carrera en la vuelta de la democracia

Desde su creación en 1957, la carrera de Sociología de la UBA ha tenido una trayectoria accidentada (Sidicaro, 1993). Las cambiantes coyunturas políticas nacionales sumadas a la aparición de profundas controversias entre los sociólogos, delinearon una historia en la que resaltan las rupturas sobre las continuidades. Lejos de un continuado proceso de institucionalización, se produjo una sucesión conflictiva de etapas en las que la orientación de la carrera variaba sustancialmente. Cada etapa, que no duraba más de cinco o seis años, se presentaba como refundacional e impugnaba lo hecho hasta entonces.

La reorganización de la carrera tras la vuelta a la democracia, en contraste, inauguró un período de inusitada estabilidad que se extiende hasta nuestros días. Si hasta allí se había dado una sucesión desordenada de ciclos cortos en los que la orientación general de los estudios, el plantel docente y las materias cambiaban periódicamente, comenzó entonces una etapa caracterizada por la permanencia en el tiempo de los mismos profesores, materias, contenidos y programas.

A finales de 1983, la carrera era un espacio marginal sumamente aislado del medio cultural y académico más general. Esta situación no había sido una constante en su trayectoria y contrastaba fuertemente con ciertas etapas previas. Emplazada en la Facultad de Derecho, en unas aulas de su sótano, las condiciones materiales de estudio habían empeorado severamente. Sus profesores, sin demasiados contactos previos con este espacio, tenían una formación poco especializada y tan solo pudieron hacerse cargo de la enseñanza a partir del “vacío” generado por quienes habían sido expulsados o cesanteados por las autoridades militares. De modo previsible se produjo una fuerte baja del número de estudiantes, una novedad en el marco de la tendencia de una matrícula que siempre se había mostrado ascendente³.

Como respuesta a este vaciamiento intelectual se produjo una dinamización de otros espacios que, fuera del ámbito público y, por tanto, menos expuestos al control de las autoridades, sirvieron de refugio para los sociólogos que habían sido separados de sus cargos. Por un lado, los centros académicos independientes llevaron a cabo un buen número de investigaciones, contando para ello, con acceso a fuentes de financiamiento externo. La mayoría de estos centros existían desde antes del golpe y habían

³ De 1964 a 1972, la matrícula había pasado de 880 a 2795 alumnos, en 1980 se había reducido a tan solo 522 (Censos de estudiantes, UBA).

surgido en gran parte como respuesta a la inestabilidad de la institución universitaria que, muy vulnerable a los cambios en la política nacional, no aseguraba trayectorias laborales estables ni generaba confianza en las instituciones internacionales que financiaban el desarrollo de las ciencias sociales (Brunner y Barrios, 1987; Sigal, 1991).

Por otro lado, las universidades privadas en las que se dictaba sociología convocaron a varios profesores excluidos. Tampoco esto era algo novedoso. Anteriores intervenciones políticas habían llevado a algunos docentes a refugiarse en estos espacios más alejados de los vaivenes de la política. Aquí, a diferencia de lo que ocurría en los centros privados, la actividad central era la docencia y en general no se realizaban investigaciones.

Finalmente, cabe señalar las iniciativas del Colegio de Graduados de Sociología (CGS). Surgido en 1975, esta institución se constituyó como un espacio de reunión para varios de los sociólogos que habían sido expulsados de la carrera. A partir de la organización de cursos de “actualización profesional” en distintas temáticas y de otras actividades —se logró, por ejemplo, organizar un congreso nacional de sociología que recibió un buen número de ponencias— se mantuvo un dinamismo y presencia que, sin embargo, se perdería a los pocos años.

Así pues, con la recuperación de la democracia, buena parte de los sociólogos que se habían insertado en los espacios alternativos, sin necesariamente abandonarlos, confluyeron en el espacio de la carrera motivados por encontrar un lugar donde desarrollar una vida académica. A esos sociólogos es preciso sumar aquellos que volvían del exilio, quienes en el pasado habían dejado el país perseguidos por las autoridades militares. Todo ello propició una renovación muy profunda.

El proceso de rearmado de la carrera no fue lineal o simple. Lejos de ello, estuvo signado por la puesta en marcha de distintas iniciativas u orientaciones que al poco tiempo eran interrumpidas. Entre 1984 y 1990, momento en que la carrera se incorpora a la recientemente creada Facultad de Ciencias Sociales y se da por cerrado el proceso de normalización, se sucedieron de manera imprevista y accidentada tres directores de carrera⁴; se discutió y aprobó un plan de estudios que fue rápidamente rechazado siendo reemplazado por otro —que sigue vigente en el presente— ciertamente distinto poco tiempo después; se armó un plantel docente

⁴ Mientras la primera, Susana Torrado, abandonó su cargo a los cuarenta días por diferencias con el rector, el segundo, Cristian Gravenhorst —sociólogo escasamente conocido entre quienes se insertaban en la carrera—, debió renunciar a los dos años debido a la resistencia de los estudiantes. Tan solo el tercero, Mario Margulis, pudo terminar su mandato en un clima más tranquilo. Para una reconstrucción histórica pormenorizada del proceso de rearmado de la carrera puede verse Blois (2009).

heterogéneo para cuya incorporación existieron canales formales (como los concursos docentes), pero también mecanismos informales (como la recomendación o conocimiento de alguien que tuviera llegada al director de la carrera de turno)⁵.

Los profesores. Inclusiones y exclusiones

Hay una creencia compartida según la cual la carrera se rearmó con aquellos profesores que habían estado exiliados durante la dictadura y que, dadas las nuevas condiciones políticas, volvían al espacio al que habían pertenecido. De acuerdo con esta visión, el plantel docente se habría alimentado en lo esencial de los sociólogos que debieron abandonar el país. Sin embargo, una mirada más detenida comprueba que lo anterior constituye un relato selectivo y deformado de lo que efectivamente sucedió. Si hubo en efecto importantes figuras que volvían del exilio, estas no fueron mayoritarias.

El cuerpo docente, en efecto, se armó con fuentes diversas, de “afuera” y de “adentro”. Su armado, como era previsible, implicó inclusiones y exclusiones. Por su diversa trayectoria, orientaciones, capitales y credenciales —así como por la diferenciada relación que construyeron con la carrera—, es posible reconocer cuatro perfiles de sociólogos: los “sociólogos intelectuales”; los “académicos profesionales”; los “técnicos expertos”; y los “sociólogos de bajo perfil”. Mientras los tres primeros son figuras de gran trayectoria y prestigio —verdaderos “notables” de la sociología argentina—, los últimos constituyen un grupo más numeroso, heterogéneo, en buena medida joven, y con menor reconocimiento. Si algunos de los “sociólogos intelectuales” y “de bajo perfil” fueron parte del plantel docente, los otros dos perfiles prefirieron mantenerse apartados⁶.

⁵ A diferencia de lo ocurrido en el momento fundacional, a mediados del siglo pasado, cuando Gino Germani pudo ejercer una dirección fuerte, capaz de definir las líneas generales del curso, los contenidos de cada materia y los profesores que estarían a su cargo (Blanco, 2006), a mediados de los ochenta, la dirección de la carrera se revelaría como un espacio ciertamente más débil (frente a cátedras que funcionaban con una buena cuota de autonomía), incapaz de dar una impronta propia a la organización del conjunto.

⁶ Semejante clasificación constituye, por supuesto, una estilización analítica definida a partir de los roles o actividades más visibles de cada sociólogo —aquellos con los que solían presentarse y con los que sus pares los identificaban más comúnmente—. Ello no quiere decir que un determinado sociólogo no realizara otras tareas. Por el contrario, la multinserción era moneda corriente (Blois, 2012). No era inusual, en ese sentido, que un “sociólogo intelectual” o un “académico profesional” realizara trabajos de consultoría para alguna institución pública o privada, o que algún “técnico experto” interviniera, a la manera del intelectual público, en los debates políticos y sociales del momento (publicando, por ejemplo, alguna nota de opinión en algún diario o revista de alcance masivo). Todo ello, por lo demás, podía combinarse con una inserción académica, a la que le dedicaban más o menos tiempo según fuera el caso.

Los sociólogos que se integraron. El sociólogo como intelectual público y la invisibilización de los otros perfiles profesionales

Convocados por la dirección de la carrera, debido a su prestigio y renombre, los “sociólogos intelectuales” se incorporaron tempranamente al dictado de clases. Estos sociólogos contaban ya en el momento en que se produjo el golpe militar y su posterior partida con un importante reconocimiento, eran parte de las primeras generaciones de sociólogos y, en varios casos, habían participado de las ahora legendarias controversias ideológicas y políticas que se habían suscitado en el espacio de la carrera (controversias que causaban el interés y admiración de buena parte de los nuevos estudiantes). El prestigio que esto les acordaba se sumaba al que les daba haber continuado su trayectoria académica en instituciones destacadas del exterior⁷.

Con la vuelta a la democracia y la renovación de las instituciones varios de los miembros de este grupo pudieron, gracias a sus destacados antecedentes, acceder a los ámbitos culturales y políticos más prestigiosos y dinámicos del momento. Rápidamente, se hicieron protagónicos animadores de los debates y polémicas que convocaban a lo más destacado de la intelectualidad nacional. Hubo incluso quienes se desempeñaron como cercanos asesores de la máxima autoridad política del país, situación inédita en la historia de la sociología local⁸.

Con semejantes inserciones, para estos sociólogos, dar clases en la carrera era una más dentro de sus actividades. Lo esencial de su tiempo y energía no era puesto allí⁹. Ahora bien, su prestigio hacía que su participación —aun cuando no fuese más allá del dictado de alguna clase semanal— contribuyera a jerarquizar y dar visibilidad a la carrera. Cualquier estudiante que aspirara a ser sociólogo sabía que era allí donde estaban los “mejores” profesores.

Al lado de esas figuras, como adelantamos, estaban los “sociólogos

⁷ Sobre el exilio de un grupo de sociólogos en México, de fuerte influencia en el rearmado de la carrera a partir de 1984, véase Burgos (2004) y Casco (2008).

⁸ Se hace referencia entre otros al Club de Cultura Socialista y al “Grupo Esmeralda”, agrupamiento de intelectuales que colaboraba con el presidente Alfonsín. Al respecto véase Elizalde (2009).

⁹ A modo de ilustración, cabe referir lo expresado por una graduada de las primeras cohortes: “al menos mi experiencia personal fue ésta: terminé la carrera y ¿ahora qué hago? No sabía. Yo sabía que me había gustado sociología pero no sabía qué era lo que podía hacer [...] Nunca sentí que la carrera me hubiese abierto los ojos en ese sentido. Nunca. Simplemente se trataba de observar qué estaban haciendo los profesores que yo admiraba. Ese era mi patrón. Y la mayoría era bastante... A mí me fascinaba la formación de mis referentes. Lo que pasa es que lo visualizaba como inalcanzable...” (socióloga, 41 años, graduada en 1992).

de bajo perfil”, un conjunto de docentes que durante el pasado inmediato habían permanecido en el país desarrollando diversas actividades. Algunos encontraron empleo en el creciente espacio de la investigación de mercado, otros se insertaron en alguna dependencia estatal en puestos no jerárquicos. Esas actividades, a veces, fueron combinadas con la enseñanza en universidades privadas o con participaciones en algún centro privado de investigación. A diferencia de los “sociólogos intelectuales”, este grupo, ciertamente más numeroso y heterogéneo, no contaba al momento de la reorganización de la carrera, con demasiadas credenciales, reconocimiento o prestigio.

La impronta que estos grupos tuvieron en la conformación de la carrera fue ciertamente distinta. Pese a que los sociólogos de bajo perfil eran mayoría y ocuparon espacios importantes —algunos con el tiempo devinieron titulares de cátedra, otros ocuparon puestos en los órganos de gobierno de la carrera—, los profesores que los estudiantes tomaron prontamente como modelo o ideal de sociólogos —aquellos que operaban como su grupo de referencia (Merton, 1964) — fueron los “sociólogos intelectuales”. Sus trayectorias políticas previas, sus inserciones como académicos en instituciones del exterior y su activa participación en los debates ideológicos del presente, los volvían más atractivos para un estudiantado movilizado que, como veremos más adelante, hacía de la sociología una actividad muy cercana a la práctica política. La idea de sociólogo que tomaba fuerza, de ese modo, era aquella que presentaba al sociólogo como alguien que, desde su inserción académica o universitaria —y legitimado por ella—, se implicaba fuertemente en la discusión política y social del momento. Aun cuando por esos años la figura del intelectual tradicional comenzaba a ser puesta en cuestión en el medio local e internacional, y se hablaba de su “crisis” en favor de otras figuras como la del “técnico experto” (Brunner, 1995) o la del “analista simbólico” (Reich, 1993), en el espacio de la carrera, a contrapelo de aquella corriente, se reactualizaba la figura del intelectual clásico, de gran presencia en la tradición sociológica local previa a la dictadura militar (Beltrán, 2005; Rubinich, 1999).

Esta figura, en vistas de los temas urgentes y trascendentes que le competían, así como de los públicos amplios que pretendía alcanzar, tomaba distancia de una práctica estrictamente “profesional” de la sociología, sea en su versión académica —de aquel sociólogo dedicado a la producción de artículos y *papers*, que viaja de congreso en congreso, teniendo como principales interlocutores a sus propios pares—, o sea en su versión técnica o aplicada —de aquel sociólogo que se emplea como consultor del sector privado o público respondiendo las demandas de sus clientes o empleadores en base a un conocimiento especializado y

que, a diferencia de los intelectuales tradicionales, opera a partir de la racionalidad instrumental, buscando los mejores medios para fines que le vienen dados—. La presencia de los “sociólogos intelectuales”, tanto como la identificación de los estudiantes con ellos, promovía la consolidación de una idea de sociología que, lejos de cualquier preocupación inmediata con el mundo profesional, tendía a asumirse como una conciencia crítica de la sociedad implicada en los debates intelectuales y políticos del momento.

En ese marco, no debería extrañar que se produjera una cierta invisibilización de las trayectorias e inserciones laborales de los “sociólogos de bajo perfil”. Pese a que sus inserciones en el Estado, en las empresas o en las agencias de investigación de mercado, proveyeran lo esencial de sus ingresos y ocuparan la mayor parte de su tiempo, estos sociólogos no enseñaban en sus clases contenidos vinculados a esas prácticas —muchos ni siquiera las mencionaban—. Antes que como técnicos o consultores, dentro de la carrera, se presentaban como docentes o “académicos”, asumiendo en varios casos una labor “disociada”, que no planteaba mayores diálogos o intercambios entre lo realizado en la universidad y fuera de ella (Blois, 2009).

Lo anterior contribuía, sin dudas, a la desconexión de la carrera de los ejercicios profesionales más prácticos o aplicados de la sociología y al profundo desconocimiento que los estudiantes tenían sobre las opciones que se abrían al momento de graduarse. Teniendo como modelos a los “sociólogos intelectuales”, la transición al mercado laboral no era ciertamente sencilla, pues, no se trataba, claro está, de un modelo fácilmente reproducible⁹. En esas condiciones no era inusual que la sociología, para buena parte de los estudiantes, apareciera como una actividad amateur, una actividad que requería como contrapartida la realización de una labor sin conexión con la disciplina, realizada con una finalidad puramente instrumental. Si se podía “vivir para” la sociología, la posibilidad de “vivir de” la sociología aparecía como algo sumamente incierto trazándose una divisoria entre práctica sociológica y práctica laboral. Si una ofrecería satisfacción intelectual o política, la otra cubría las necesidades materiales.

¿La sociología como profesión? Los sociólogos que no se integraron a la carrera

Si bien la carrera pudo convocar a un buen número de docentes, hubo, no obstante, dos perfiles que decidieron no incorporarse: los “académicos profesionales” y los “técnicos expertos”. Su distanciamiento condicionó fuertemente el perfil de carrera que se terminó consolidando.

Los “académicos profesionales” eran un grupo de sociólogos cuyo prestigio descansaba de manera predominante en la acumulación de capitales y credenciales estrictamente “académicos” y no, como ocurría con los “sociólogos intelectuales”, de manera “entremezclada” con capitales y credenciales “políticas” o “militantes”. Sin una participación activa en el clima de politización de los años sesenta, durante la dictadura, desarrollaron por lo general sus tareas en los centros privados de investigación donde, además de socializarse en los cánones y formas de trabajo reconocidas a nivel internacional, pudieron contar con un fuerte apoyo para el desarrollo de una amplia agenda de investigaciones.

Aun cuando inicialmente algunos se acercaron a la renovada carrera, luego de uno o dos cuatrimestres, se alejaron para no volver. A pesar de que posteriormente se les hicieron nuevos ofrecimientos, su respuesta no varió. Teniendo posibilidades laborales más atractivas, prefirieron no reinsertarse en el espacio donde se habían formado. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué mantenerse fuera de la institución que desde su fundación había sido el espacio más dinámico de la sociología en Argentina?

Sin dudas los magros ingresos que ofrecía la docencia universitaria tanto como las condiciones materiales precarias en que se cursaba, desalentaban su retorno¹⁰. A eso se sumaba la conflictividad e inestabilidad de un espacio que, como prontamente se pudo verificar, estaba sometido a fuertes disputas políticas muchas veces motorizadas por un activo movimiento estudiantil. Ese movimiento, por lo demás, tenía como uno de sus blancos predilectos a los centros privados de investigación, lugar donde varias de estas figuras se insertaban. Reapropiándose de la prédica más dura contra el financiamiento externo que había signado la politización de los años sesenta, los estudiantes se oponían a la sociología “despolitizada”, “dependiente” y “carente de compromiso” que, en su visión, se practicaba en esos centros. En estas condiciones la carrera se revelaba como un ámbito ciertamente hostil para algunos de estos sociólogos, acostumbrados a deslindar de manera más clara el dominio “político” del dominio “científico”.

Los “técnicos expertos”, por su parte, eran un grupo de sociólogos de amplia trayectoria y prestigio que, al lado de sus inscripciones académicas en alguna universidad o centro de investigación privado, habían incursionado en el análisis de mercado y en los incipientes estudios de opinión. Estas actividades, que cobraron fuerza en los años sesenta, les habían permitido alcanzar posiciones atractivas en el mercado laboral e, incluso, crear empresas rentables (Vommaro, 2008).

¹⁰ Si bien las nuevas autoridades universitarias habían mudado la carrera, su nueva ubicación resultaba todavía deficiente. Sobre los cambios de edificio y el carácter “nómada” de la carrera, véase Bonaldi (2009).

Cabe señalar que, en el período previo a la dictadura militar, importantes figuras de la disciplina habían preconizado las bondades que un crecimiento de la “sociología aplicada” tendría para el propio desarrollo de la sociología como práctica académica. En su visión, una sociedad persuadida del valor de la sociología, a través de los servicios que los sociólogos le podrían ofrecer en la resolución de sus problemas más inmediatos, sería un reaseguro contra las fuerzas que amenazaban y ponían en cuestión su institucionalización y consolidación. Esas voces, no obstante, habían sido duramente criticadas. Su idea de la sociología como una “profesión” que —como cualquier otra, debía conquistar una clientela y ofrecer sus servicios— había estado en las antípodas de las ideas dominantes, sobre todo, a partir de la politización de los años sesenta y setenta. Para estas visiones, la sociología que trabajaba para el Estado o los empresarios era una sociología inevitablemente comprometida con el mantenimiento del orden y la dominación social¹¹.

A mediados de los años ochenta, sin embargo, con la expectativa de hallar un espacio donde ejercer la docencia, algunos “técnicos expertos” se presentaron a los concursos de metodología y estadística. Sin embargo, esta intención fue rápidamente abandonada pues al momento de la entrevista, ninguno se presentó. El perfil que la carrera pronto cobraría se reveló incompatible con el estilo de sociología que practicaban. Si algunos terminaron en la recientemente creada carrera de Ciencia Política de la UBA (que contó con una orientación en “opinión pública”), otros lo harían en las universidades privadas¹².

El estilo de los profesores más visibles y reconocidos —los “sociólogos intelectuales”— y las expectativas de los alumnos —interesados en desarrollar una vocación intelectual o política más que una formación para el trabajo—, hicieron que la visión crítica contra la “sociología aplicada” que había dominado la institución en el período previo a la dictadura militar prevaleciera. En tal contexto, una sociología de este tipo no hubiese encontrado buena acogida. Los capitales o destrezas acumulados por los “técnicos expertos” en su ejercicio profesional no académico estarían privados de cualquier valor en el ámbito de la carrera.

¹¹ Al respecto pueden verse las intervenciones de Torcuato Di Tella (1967, 1980), Manuel Mora y Araujo (1971) y Eliseo Verón (1974). Para un análisis de esos debates, véase Blois (2012).

¹² Como señala Vommaro, la relación entre las encuestas de opinión y las ciencias sociales ha sido conflictiva. “Aun cuando la mayor parte de los expertos tenga una formación como sociólogos, su intento de imponer la práctica de las encuestas como una rama importante de la sociología no tendrá el éxito esperado [...] Las dificultades para imponer como legítima, en el medio universitario público, la técnica de la encuesta para medir las opiniones y las intenciones de voto, contribuyó a la “migración” de los encuestadores hacia las universidades privadas” (Vommaro, 2008: 95).

Así lo demuestra la experiencia de aquellos “sociólogos de bajo perfil” que, dedicados a la consultoría en análisis de mercado y estudios de opinión, se incorporaron como docentes. En estos casos, como indicamos anteriormente, su inserción profesional principal era invisibilizada, produciéndose un divorcio entre la actividad docente y la actividad laboral: en sus clases no harían referencia a sus trabajos por fuera de la academia. Incluso cuando enseñaban metodología, no ofrecían contenidos vinculados a su experiencia profesional. Explicaban, no sin cierta “esquizofrenia”, las técnicas e instrumentos de investigación sin destacar sus potenciales usos no académicos, aquellos con los que se ganaban la vida. De un lado, su trabajo académico como docentes o investigadores universitarios, del otro, su trabajo como consultores o empleados al servicio de una clientela o público más amplio.

Aun cuando la exclusión de la sociología vinculada al análisis de mercado o los estudios de opinión no produjera debates o controversias explícitos, la tentativa fallida de sus figuras más representativas por incorporarse a la carrera, así como el comportamiento disociado de quienes “ocultaban” su principal inserción, llama la atención sobre las selecciones que se operaron en los primeros tiempos y que se consolidarían como un rasgo duradero. La exclusión de la “sociología aplicada” favoreció la consolidación de una carrera escindida del mercado de trabajo.

Los estudiantes. La sociología como vocación crítica y militante

Si durante la dictadura el número de estudiantes se había reducido sensiblemente, con la vuelta a la democracia se produjo un fuerte incremento. Tal situación permitió una mayor activación de los estudiantes que rápidamente devinieron una voz de peso en la orientación de la carrera. Su influjo fue tal que su accionar se tradujo en el desplazamiento de uno de los directores de la carrera y en la llegada de otro propuesto por las propias agrupaciones estudiantiles. Al tiempo que reclamaban cuestiones vinculadas a las condiciones materiales de cursada (aulas adecuadas, mayor oferta horaria, entre otras), defendían también una visión más general sobre lo que la sociología era y debía ser como disciplina e institución académica.

Los futuros sociólogos no buscaban una profesión como cualquier otra de las que se ofrecen en la universidad, capaz de asegurarles una buena posición laboral. Lejos de ello, pretendían un punto de miras y acción que los vinculara a la sociedad desde una posición “crítica”. Seducidos por la figura del sociólogo como intelectual que, desde su posición en la academia,

participaba de los grandes debates del momento, rechazaban la figura del “académico profesional” o del “técnico experto”, figuras que, según su visión, carecían de compromiso social o, peor aún, estaban implicados en el mantenimiento del orden social vigente. En algunos casos, la figura del sociólogo, en consonancia con los años sesenta, se asociaba estrechamente a la del militante social y político cuya labor estaba al servicio de una sociedad justa e igualitaria. La demanda de una apertura de la carrera hacia las necesidades de la “sociedad” y de la “clase obrera” o el “pueblo” era una constante.

Si bien una mirada crítica o disconforme sobre la sociedad y una cierta preocupación por la intervención social constituyen rasgos más o menos constantes entre quienes deciden estudiar sociología¹³, esa orientación era, en aquel contexto, reforzada por el proceso más amplio de reactivación social y política que signó los primeros años de la recuperación de la democracia. Ese momento coincidió con una fuerte afirmación de la voluntad política como instancia desde la cual propiciar profundas transformaciones sociales (Pucciarelli, 2006). El clima de efervescencia que agitaba a la sociedad permeó con fuerza el proceso de reorganización de la carrera, motorizando una idea de sociología que buscaba una conexión con la práctica política en detrimento de las versiones más profesionalizadas de la disciplina.

A la hora de dar cuenta de los factores “externos” que pesan sobre las orientaciones de la sociología como disciplina, es común referir el influjo de los organismos que financian las investigaciones o de las clientelas que contratan los servicios de los sociólogos —agencias estatales, empresas, entre otros—. Se suele alertar, en este sentido, sobre los condicionamientos y amenazas que esos actores, “ajenos al campo” de la sociología, imponen sobre su “autonomía”, propiciando la elección de ciertas temáticas y formas de abordarla, consagrando ciertos estilos de trabajo en detrimentos de otros. Ahora bien, un factor que suele pasar desapercibido y que, dado su influjo en la forma que adopta la enseñanza de la sociología, tiene un peso decisivo es el perfil u orientación de los estudiantes. Como señala Halliday, los estudiantes son uno de los grupos más importantes frente a los que los sociólogos deben legitimar su disciplina en la medida en que para toda carrera universitaria es indispensable asegurarse un caudal mínimo de ingresantes año a año (Halliday, 1992). La carrera de sociología de la UBA,

¹³ En una encuesta a estudiantes próximos a graduarse realizada en el año 2000, el Laboratorio de Análisis Ocupacional de la Facultad de Ciencias Sociales, encontró que poco más del 50 % de los encuestados aseguraba haber iniciado sus estudios por un “interés intelectual y académico”, mientras que el 40 % refería “la vinculación con la política y la participación social”. Solo un 5 % mencionaba una expectativa laboral. Según se sostiene en el mismo informe tales cifras reproducen las encontradas casi diez años atrás cuando se aplicó una encuesta de similares características (Laboratorio de Análisis Ocupacional, 2001).

como cualquier carrera de sociología, debía pues contemplar sus demandas en función de constituir un marco capaz de retenerlos, interesarlos y entusiasmarlos con los estudios. Si el condicionamiento impuesto por las expectativas de los estudiantes no era sentido por aquellos docentes que compartían sus definiciones sobre lo que la sociología debía ser, sí lo era por aquéllos que deseaban enseñar los contenidos de su desarrollo profesional no académico y que no encontraron, en ese marco, las condiciones adecuadas.

Los graduados. La debilidad de las asociaciones de profesionales y el fallido plan de estudios de 1985

El Colegio de Graduados de Sociología (CGS) fue convocado por las nuevas autoridades de la carrera a participar de una comisión (la Comisión Asesora Pedagógica) que tenía por finalidad proponer y diseñar los lineamientos generales de un nuevo plan de estudios. Aceptando la invitación, algunos de sus miembros intervinieron activamente en la formulación de los contenidos mínimos de distintas materias, al tiempo que, en términos más generales, propusieron una orientación que buscaba conectar la carrera con diversas instituciones sociales.

El informe elaborado por la comisión llamaba la atención sobre la imperiosa necesidad de introducir profundos cambios en el plan de estudios heredado del período dictatorial. Por un lado, recomendaba la actualización de los contenidos y defendía la promoción de una sólida formación académica, dos elementos que, según afirmaba, se habían debilitado fuertemente en el pasado inmediato. Por otro, y esta era una particularidad que merece ser destacada, aconsejaba la institucionalización de un sistema de prácticas preprofesionales “más allá del ámbito específico de la universidad y del mundo académico”¹⁴. Según la comisión, ello era indispensable para introducir a los alumnos en las “problemáticas que presenta la vida social de la Argentina actual”, así como para evitar los peligros del encierro en el mundo académico y facilitar su inserción en el mercado de trabajo. Para ello instaba al establecimiento de convenios formales con dependencias estatales e instituciones de la sociedad civil. Inspirado en esa visión, el nuevo plan de estudios impuso a todos los alumnos la realización de una pasantía como requisito para la obtención

¹⁴ Esa iniciativa, si bien no lo refería explícitamente, recuperaba en los hechos una propuesta contenida en el primer plan de estudios formulado por Germani donde se ofrecía la posibilidad de recibir un “Certificado de especialista en Sociología aplicada”. Ese certificado tenía como requisito el haber aprobado los cursos de la licenciatura que acreditaran una “especialización en una rama de la Sociología Aplicada” y el haber “cumplido las prácticas de aplicación anexas a las materias sociológicas correspondientes a la especialización misma” (Guía de informaciones, 1962: 83).

del título. Esa pasantía sería supervisada por la carrera y realizada en instituciones no académicas, públicas o privadas.

Este trabajo conjunto permitirá a la carrera ofrecer un servicio a la comunidad y los alumnos se beneficiarán con un contacto directo con problemáticas y actores sociales y políticos que facilitarán su transición al ejercicio de la profesión de Sociólogo (Comisión Asesora Pedagógica, 1985: 11).

Lo anterior, según planteaba la comisión, no solo aseguraría la relevancia e incidencia social de las iniciativas de los sociólogos y de la carrera al conectarlos con los problemas y demandas de un conjunto variado de actores e instituciones sociales, sino que constituiría una fuente de preguntas y preocupaciones indispensables para su labor intelectual. Este énfasis era inseparable de su visión sobre el Estado y la sociedad civil, espacios fundamentales para la intervención de los graduados. La sociología no era ni debía ser solamente una empresa académica ni una disciplina a ser cultivada como un fin en sí mismo. El sociólogo, según esta propuesta, debería tener un rol social central en la sociedad.

La sociología como disciplina científica y como instrumento de confección de políticas debe posibilitar al egresado de la carrera la inscripción laboral y social en el estado y en la sociedad civil [...] En el Estado porque es imposible la elaboración de respuestas a las demandas sociales sin un procedimiento administrativo, científico y técnico que no lo incluya [...] En la sociedad civil [...] porque el sociólogo debe tener una presencia relevante en la definición del temario público de la sociedad democrática, en la formulación de sus prioridades, en la inventiva que permita generar y combinar la resolución de la grave crisis económico social por la que atraviesa el país y la consolidación y ampliación de la democracia (Comisión Asesora Pedagógica, 1985: 4).

Ahora bien, aprobado en 1985, este plan contó prontamente con la impugnación de los estudiantes y solo estuvo en funciones durante cuatro cuatrimestres. La propuesta de las pasantías, que sin dudas hubiera alentado un perfil de carrera muy distinto al que se terminó consolidando, no alcanzó, por ende, a tener vigencia.

Si bien el plan de 1988, aún vigente en la actualidad, adoptó los nombres de la mayoría de las materias definidas en el plan de 1985, hubo un cambio que afectó profundamente el espíritu de aquella propuesta. Dejando de lado la referencia al Estado o la sociedad civil como espacios de ejercicio

profesional fundamentales, el nuevo plan entronizaba la investigación y la docencia universitaria. Testimonio de ello, la iniciativa de la pasantía fue eliminada y ni siquiera permaneció como una posibilidad optativa. El plan expresaba y sancionaba el desinterés o imposibilidad de quienes confluían en la carrera para propiciar una conexión mayor con posibles usos no académicos de la disciplina.

A partir de entonces la relación del CGS con la carrera se fue debilitando. Su sucesor, el Colegio de Profesionales de Sociología (CPS), surgido en 1988 con la intención declarada de promover la “profesión de sociólogo”, no cambió la situación. La tarea no era sencilla para quienes debían lidiar con un espacio donde la sociología, más que como una labor que requiere el mismo tipo de regulaciones e instituciones propias de las profesiones clásicas o tradicionales, aparece como una vocación crítica o intelectual ocupada en tareas ciertamente diferentes de aquellas vinculadas a la monopolización de ciertas oportunidades laborales. Sin lograr una amplia afiliación y representatividad, los profesionales nucleados en esta organización tuvieron pocas chances de incidir en la formación impartida en la UBA. Sus actividades, fuertemente invisibilizadas, fueron a pesar de sus esfuerzos ignoradas por la mayoría de los graduados¹⁵.

A lo largo del desarrollo anterior, hemos procurado reconstruir algunas de las condiciones sociales que alentaron un perfil de carrera particular, signado por el fuerte rechazo a las inserciones no académicas y el ejercicio más aplicado de la disciplina. Si se recuerda el perfil de los profesores de mayor peso simbólico a la hora de definir lo que la sociología era y debía ser (así como la exclusión de los “académicos profesionales” y los “técnicos expertos”), la invisibilización de las tareas profesionales desarrolladas por buena parte de los sociólogos de “bajo perfil”, la orientación de los estudiantes, el fallido plan de estudios de 1985, así como la fría relación entre la carrera y las asociaciones de profesionales, es posible comprender la consolidación de un espacio de formación que relegaba la cuestión laboral y profesional de sus graduados.

¹⁵ Aun cuando los sociólogos que buscaban la constitución de la sociología como una profesión “como cualquier otra” pudieron conseguir ciertos resultados tendientes a la regulación, carecieron de la fuerza necesaria para imponerlos en la práctica. Si, por un lado, fueron capaz de hacer que el Estado a través de la promulgación de un ley nacional reconociera el ejercicio de la profesión, exigiendo la matriculación de todo aquel sociólogo que se desempeñase profesionalmente, por el otro, los vaivenes en el número de matriculados, así como el hecho de que sea común dar con sociólogos que desconocen la existencia de esta institución, revelan el rol limitado que sus esfuerzos han podido ejercer en la estructuración del mercado laboral de los sociólogos. A mediados de 2012, el CPS contaba con menos de 350 miembros.

En lo sucesivo tal situación no fue modificada sustancialmente. Si, como se indicó, la vuelta de la democracia señaló el inicio de una etapa de inédita estabilidad institucional para la carrera (que contrastaba fuertemente con lo ocurrido desde su fundación), marcó también la conformación y consolidación de un perfil que no registraría grandes reorientaciones. Resulta llamativo ver cómo un espacio que suele favorecer una prédica a favor de la realización de profundos cambios en las instituciones sociales, se haya revelado tan poco permeable a la introducción de modificaciones en su estructura interna. Un incuestionable consenso, que reafirmaba lo dado, bloqueó cualquier reorientación capaz de contener y dar cuenta de las tareas que la mayor parte de los graduados debía encarar una vez finalizados sus estudios. Veamos a continuación algunas de las características de la idea de sociología transmitida por la carrera y los dilemas o tensiones que plantean a los futuros sociólogos¹⁶.

Una “profesión” muy particular

Según la idea de sociología que se terminó consolidando en la carrera, la sociología no es una simple profesión, una preparación susceptible de asegurar una buena posición en el mercado de trabajo en base a una cualificación particular. Lejos de ello, la disciplina aparece dotada de un rol o incumbencia que excede aquel propio de cualquier ocupación. Antes que pensarse como un engranaje más del sistema de profesiones, susceptible de reclamar una cierta jurisdicción sobre determinado problema o área de intervención, la sociología se asume, contra cualquier finalidad acotada o inmediata, como la “conciencia crítica” de la sociedad, con una misión ciertamente ambiciosa: desnaturalizar el mundo social, romper con las ideologías y desenmascarar las relaciones de poder.

La sociología no es pues un conjunto de saberes o destrezas “técnicos” susceptibles de colaborar en las decisiones de quienes demanden sus servicios, incrementando sus grados de racionalidad, proveyendo claridad y ayudando a la mejor definición de medios para unos fines dados. Si quiere cumplir con su cometido y no desviarse de su verdadera función —cuestionar las relaciones sociales vigentes—, los temas que investiga y la forma de hacerlo no pueden ser condicionados por las orientaciones de un cliente o empleador.

¹⁶ Las tensiones y conflictos que se plantean en torno a la definición de la sociología y su vinculación con el mundo del trabajo no son, claro está, una particularidad del caso argentino. Lejos de ello, una mirada a otros casos nacionales muestra cómo esas tensiones y conflictos son constitutivos de la propia disciplina y cómo se expresan de diversa manera según los distintos contextos y tradiciones locales. Para una reconstrucción de las disputas en torno a la definición de la sociología y el rol del sociólogo en algunos textos canónicos de la disciplina, véase Blois (2014), Dubet (2012) y Lahire (2006).

Si ello ocurre, la sociología se desnaturaliza, se malogra y deviene un discurso subordinado, sin más, a los intereses de quienes financien el estudio.

Sucede que, de acuerdo a la idea de sociología motorizada en la carrera, el ejercicio crítico de la disciplina supone una fuerte autonomía. Si bien su significado o implicancias no siempre son tematizados y permanecen por lo general implícitos, predomina una visión que sospecha de cualquier aplicación profesional de la sociología. En esas condiciones, solo la academia aparece como el lugar donde los sociólogos pueden trabajar de manera plenamente autónoma y por eso poner en juego una mirada creativa y cuestionadora de las relaciones sociales.

Lo que los sociólogos de las profesiones (los “funcionalistas” tanto como la críticos”) le han reconocido a las profesiones, la posibilidad de mantener frente a las demandas de sus clientelas una cierta independencia de criterio para definir la forma en que satisfacen esas demandas y se encara el trabajo (manteniendo de hecho una posición dominante en su relación con el cliente o empleador), le es vedado, en esta visión, a los sociólogos. Ellos aparecen siempre en una posición subordinada, incapaz de condicionar las orientaciones e intereses de quienes contratan sus servicios: no pueden imponer tiempos o plazos mínimos que garanticen ciertos estándares de calidad, son incapaces de proponer la realización de preguntas de mayor alcance, no solo circunscriptas al interés de la clientela, susceptibles de poner en juego ideas más complejas o interesantes, entre otras.

La posición o potestad de un médico, un abogado o un ingeniero, que relativiza las opiniones de su paciente o cliente profano (si es que las hubiera) a la hora de fijar sus diagnósticos o estrategias no es pensable para el caso de los sociólogos. Por el contrario, según se los presenta aquí, quedan, cuando deciden ofrecer sus servicios técnicos, presos de la lógica del mercado o de la organización burocrática donde el que paga los servicios impone los criterios a partir de los cuales se realiza el trabajo (Freidson, 2001). Se plantea de ese modo una opción a “todo o nada”. O el sociólogo mantiene la plena autonomía de sus decisiones o deja de ser sociólogo. O permanece como intelectual “crítico” o “se vende”. Cualquier compromiso o posición intermedia corrompe su práctica y lo desvía de sus deberes disciplinarios. Ello sin dudas constituye una traba para pensar el futuro laboral más allá de los muros universitarios.

A la luz de lo dicho, no debería sorprender el hecho de que los futuros sociólogos incorporen unos criterios de éxito profesional ciertamente distintos de aquellos presentes en otras formaciones. La afirmación en el ámbito de la carrera de una veta crítica y cuestionadora del orden vigente se asocia a una peculiar relación con dos de los criterios de estratificación social distinguidos por Max Weber (2008), a saber: el económico y el político.

Si en otras ocupaciones el éxito económico constituye sin más un indicador del éxito profesional, las disposiciones que transmite la carrera plantean una relación conflictiva con las actividades lucrativas. El ascenso material aparece, al menos, para buena parte de los actores que confluyen en este espacio, como el testimonio de un conflicto ético que ha sido resuelto en detrimento de la propia sociología, como un “venderse” al mejor postor que desvaloriza —o incluso niega— la actividad del sociólogo. Si quienes pueden ofrecer un buen nivel de vida son los poderosos, cualquier ejercicio laboral que no opte por la austeridad es sospechoso. Sociología y dinero, según esta visión, están en permanente tensión. Sociología y mundo de las empresas son incompatibles. No hay —o no debería haber— sociología posible en el sector privado.

Si dentro de la carrera un ingreso alto no se asocia al éxito profesional, otro tanto ocurre con el acceso a posiciones de poder en una burocracia pública o privada. Sucede que los futuros sociólogos, a diferencia de lo que ocurre con otras profesiones (como, por ejemplo, la economía), no se forman “para desarrollar su actividad cerca del poder, ya sea económico (trabajando en empresas, consultoras y financieras) o político (trabajando para el Estado)” (Neiburg y Plotkin, 2004: 231). Por el contrario, el saber de la disciplina lejos de presentarse “como un conjunto de herramientas operativas al servicio del poder”, aparece, como ya indicamos, como una forma de ver el mundo tendiente a criticar y develar los mecanismos de ese mismo poder. El compromiso de los sociólogos está con “los de abajo” y nunca con “los que mandan”. En esas condiciones, el Estado, contra las orientaciones del plan de estudios de 1985, desaparece como interlocutor destacado de la labor sociológica. Antes que como un ámbito propicio de trabajo, es asumido, a lo sumo, como un objeto de estudio¹⁷.

La carrera plantea, como queda claro a partir de lo expuesto, un fuerte clivaje entre la docencia e investigación académica y aquellas actividades desarrolladas en otras esferas sociales: lo que se hace en un ámbito poco importa para lo que se hace en los otros. Sin plantearse una relación de mutuo soporte, donde el desarrollo de una sociología contribuye al desarrollo de la otra, predomina una clasificación o topología fuertemente jerarquizada según la cual no todas las inserciones laborales a las que es posible acceder

¹⁷ Cabe señalar que las críticas a las versiones “profesionalistas” de la disciplina, aquellas que plantean la posibilidad y deseabilidad de una activa participación de los sociólogos como consultores de distintas instituciones o actores sociales, está reforzada por buena parte de los contenidos de las distintas materias. En ese sentido, la desvalorización de esas actividades no opera solamente a través del discurso de ciertos profesores o agrupaciones estudiantiles. Por el contrario, buena parte de la bibliografía leída por los estudiantes comparte el espíritu de aquella distinción que Wright Mills sintetizaba de manera contundente: se puede producir conocimiento *sobre* el poder o conocimiento *para* el poder. Sobre el papel de los textos clásicos en el proceso de socialización universitaria, véase De Venanzi (2003).

con un título de sociólogo son constitutivas de la disciplina¹⁸. Los futuros graduados aprenden a distinguir, de ese modo, sociólogos “de primera”, aquellos insertos en la academia, y sociólogos “de segunda”, aquellos empleados en distintas instituciones no académicas. En ese marco, quienes no quieran o no puedan insertarse en el medio académico deberán lidiar con la sensación de poner en juego una práctica cuyo estatus “sociológico” o pertenencia a la disciplina es ciertamente problemático o está en duda¹⁹.

Reflexiones finales

Desde la vuelta de la democracia, la conjunción de un mercado laboral sumamente dinámico y cambiante y de una carrera que se mantuvo relativamente cerrada a los cambios que sucedían más allá de sus aulas, se tradujo en un marcado desfasaje entre el conjunto de expectativas que los alumnos adquirirían durante su formación universitaria y las actividades que, en una buena proporción, debían asumir una vez graduados. El desfasaje entre la formación y la práctica profesional propio de cualquier carrera universitaria, adquiriría dimensiones muy marcadas. Buena parte de los desvelos y tensiones con los que los jóvenes sociólogos tuvieron que lidiar en el momento de su inserción laboral deben vincularse con la distancia entre un mercado de trabajo cambiante y una carrera relativamente cerrada a estos cambios.

En efecto, en la medida en que la cuestión laboral o profesional no se plantea institucionalmente, la preocupación y angustias que genera tanto como las soluciones y salidas posibles deben tramitarse individualmente, en un marco signado por un desconocimiento notorio de la multiplicidad de alternativas de inserción. El ingreso al mundo del trabajo puede aparecer, en esas condiciones, como la incursión en un terreno prácticamente desconocido. Desorientación que, por lo demás, no es aliviada por ninguna entidad profesional (que, como se indicó, son muy débiles).

¹⁸ Semejante relación de mutuo soporte planteaba Germani para quien la sociología debía constituirse como una actividad académica de tiempo completo (contra los denominados “sociólogos de cátedra”), pero también como una profesión “experta” a ser desempeñada en el Estado y las empresas (Germani, 1962).

¹⁹ Cabe señalar que entre los más de cincuenta graduados (de diversas cohortes y con diversas áreas de actuación), entrevistados en el marco de la investigación doctoral ya referida (Blois, 2012), las tensiones suscitadas por su práctica laboral no implicaban de modo necesario el reclamo por acomodar la enseñanza de la disciplina a las demandas del mercado de trabajo. Si bien algunos anhelaban una formación más “técnica” o “aplicada”, la mayoría no consideraba necesario reformar el plan de estudios en un sentido más “profesionalista”. Lejos de ello, valoraban la formación “general” recibida, apuntando, sin embargo, contra la entronización de la investigación y docencia universitarias como las únicas salidas laborales legítimas para un sociólogo.

Si quienes se insertan en el mundo académico perciben una fuerte afinidad y continuidad entre sus labores y lo realizado durante sus estudios de grado, quienes desembarcan en espacios no académicos tienen que emprender un arduo aprendizaje que, si bien presumiblemente se da en todo aquel que formado en cualquier profesión ingresa al mercado laboral por primera vez, en el caso de la sociología puede implicar la puesta en suspenso de la formación recibida. Para estos graduados se trata de aprender una operatoria nueva y diferente. Lejos de percibir que estén aplicando lo aprendido en su paso por la universidad, en su práctica profesional deben aprender todo “desde cero”. Cabe entonces a las diversas esferas de inserción formar a los sociólogos de acuerdo a sus necesidades. Los sociólogos aprenden, de la mano de un compañero o jefe, “mirando a los otros hacer”.

Pero el desajuste no viene solo por el desconocimiento que los graduados puedan tener de las tareas demandadas en sus ámbitos de acción. Si se recuerda el énfasis en el cuestionamiento de las relaciones sociales y el modelo de sociólogo como “intelectual”, la reivindicación de una fuerte autonomía y la crítica a la ganancia privada es posible sostener, sin temor a exageraciones, que la carrera forma a los futuros graduados en un conjunto de orientaciones y formas de ver el mundo que, como los principios y prácticas demandados por las religiones de salvación estudiadas por Weber (1985), muchas veces rechazan y entran en tensión con los imperativos propios de las distintas esferas sociales en las que deberán participar una vez finalizados sus estudios. Si ello es claro para quienes se emplean en una empresa o devienen ellos mismos empresarios, no deja de ser cierto para aquellos que trabajan en el sector público o en alguna organización no gubernamental. En esas condiciones, el conflicto personal, vivido muchas veces como una crisis “individual” o “psicológica”, inducido por el desfase entre el contexto de interiorización de tales normas y valores por un lado, y el contexto de intervención profesional por el otro, será inevitable, adquiriendo mayor o menor intensidad de acuerdo a las tareas concretas que se lleven a cabo y de acuerdo a la forma en que los sociólogos particulares logren procesar este desfase. Quienes se aparten del ideal académico, ideal en el que fueron formados, tendrán que hacerse un camino profesional en un mundo del trabajo poco referenciado al tiempo que deberán formular o encontrar, en base a sus nuevas experiencias y mundos de pertenencia, nuevos sentidos para la disciplina que resulten menos tensionados con sus prácticas cotidianas.

Bibliografía

- BELTRÁN, Gastón. (2005). "Formación profesional y producción intelectual en tiempos de cambio político. Las carreras de Sociología y Economía de la Universidad de Buenos Aires durante los años noventa". En: GENTILI, P., LEVY, B. (Orgs.). *Espacio público y privatización del conocimiento*. Buenos Aires: CLACSO.
- BLANCO, Alejandro (2006). *Razón y modernidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- BLOIS, Juan Pedro. (2008). "Interpretaciones enfrentadas sobre la historia de la sociología en Argentina. Viejas y nuevas visiones sobre un momento refundacional". En: *Argumentos*, No. 10. Buenos Aires: IIGG.
- _____. (2009). "Sociología y democracia. La refundación de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires (1984-1990)". En: *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, No. 26. La Plata: UNLP.
- _____. (2012). *Obligados a elegir "entre el sacerdocio y la prostitución"*. Socialización universitaria y prácticas profesionales de los sociólogos de la UBA. Tesis de grado para optar al título de doctor. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- _____. (2014). "¿Para qué sirven los sociólogos? La definición de la sociología legítima en textos canónicos de la disciplina y la expansión de las inserciones laborales de los sociólogos. En: *Espacio Abierto*, Vol. 23, No. 1. Zulia: Universidad del Zulia.
- BONALDI, Pablo. (2009). *Aprendiendo Sociología. La impronta de la carrera en la experiencia de los estudiantes*. Buenos Aires: La Gomera.
- BRUNNER, José. (1993). "Investigación social y decisiones políticas". En: *Sociedad*, No. 3. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- BRUNNER, José, BARRIOS, Alicia. (1987). *Inquisición, mercado y filantropía*. Chile: FLACSO.
- BURGOS, Raúl. (2004). *Los gramscianos argentinos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CASCO, José. (2008). "El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina 1974-1983". En: *Apuntes de investigación*, No. 12. Buenos Aires.
- DE VENANZI, Augusto. (2003). *La sociología de las profesiones y la sociología como profesión*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- DI TELLA, Torcuato. (1967). "La sociología y la praxis social". En: *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol. 3, No. 1. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- DUBET, François. (2012). *¿Para qué sirve realmente un sociólogo?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- ELIZALDE, Josefina. (2009). *Intelectuales y política en la transición democrática. El Grupo Esmeralda*. Tesis para optar al título de magíster. FLACSO, Buenos Aires.
- FREIDSON, Eliot. (2001). *Professionalism. The Third Logic*. Chicago: The University of Chicago Press.
- GERMANI, Gino. (1962). *La sociología científica. Apuntes para su fundamentación*. México: UNAM.
- HALLIDAY, Terence. (1992). "Preface". In: HALLIDAY, T., JANOWITZ, M. (Orgs.). *Sociology and its Publics*. Chicago: The University of Chicago Press.
- LAHIRE, Bernard. (Comp.) (2006). *¿Para qué sirve la sociología?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- MERTON, Robert. (1964). *Teoría y estructuras sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MORA Y ARAUJO, Manuel. (1971). "La sociedad y la praxis sociológica". En: *Desarrollo Económico*, Vol. 11, No. 41. Buenos Aires: IDES.
- NEIBURG, Federico, PLOTKIN, Mariano. (2004). *Intelectuales y expertos*. Buenos Aires: Paidós.
- PUCCIARELLI, Alfredo. (2006). *Los años de Alfonsín*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- REICH, Robert. (1993). *El trabajo de las naciones*. Madrid: Javier Vergara.
- RUBINICH, Lucas. (1999). "Los sociólogos intelectuales: cuatro notas sobre la sociología en los 60". En: *Apuntes de Investigación del CECYP*, No. 4. Buenos Aires.
- RUBINICH, Lucas, BELTRÁN, Gastón. (2010). *¿Qué hacen los sociólogos?* Buenos Aires: Aurelia.
- SIDICARO, Ricardo. (1993). "Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina". En: *Cuadernos Hispanoamericanos*. Madrid.
- VERÓN, Eliseo. (1974). *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento: 25 años de sociología en Argentina*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- VOMMARO, Gabriel. (2008). *Lo que quiere la gente*. Buenos Aires: Prometeo.
- WEBER, Max. (1985). "Negaciones religiosas del mundo y sus orientaciones". En: *Ensayos de sociología contemporánea II*. Madrid: Planeta-Agostini.
- _____. (2008). *Economía y sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.